

---

---

VI

Pues señor: tras de tan borrascosa escena, que terminó menos dramáticamente de lo que los aficionados al género desearan, es decir, sin el obligado reto á duelo, tirada de guantes, desmayos y comentarios coreados, ó sea por desfile cortés, al que coadyuvó la reserva de los actores, interesados todos tres en guardar el tapujo, quien salió de *La Walkyria* más fresco que nadie fué Rómulo, y eso que, como los señalados de una bofetada, llevaba en el alma el escozor de las durísimas palabras de Adelaida; pero, conseguida la ruptura, aun á costa de las espaldas, no pensaba ya más que en el alivio de la carga y en lo desembarazado del camino que á la gloriosa con-

quista de Ernestina conducía. Saldadas sus cuentas con la Schlingen, alboreaba para él la felicidad deseada, el regalo, la abundancia, las riquezas, los fantasmas todos de sus sueños de megalómano hechos carne y realidad, y cual el herido en la derrota que en el mismo campo asiste á la llegada de socorros, y curado y alentado presiente la victoria futura, se consolaba de los golpes recibidos con el pensamiento de la recompensa en ciernes, tan segura que la tenía en la mano.

Los otros, Gabinito y D. Valentín, estaban más chispas de lo que permitían la buena crianza y el equilibrio necesario para recorrer sin tropiezo el largo kilómetro que separaba *La Walkyria* del *Manchester*; no tanto como D. Gustavo, que hubo que dejarle dormir la mona en el fumadero, pero lo bastante para que costase á Rómulo Dios y ayuda sostenerles y hacer que anduvieran derechos y sumisos.

Brillaba la luna; soplabá el aire; el mar roncaba; noche deliciosa, de paz y dulce

ambiente, propicia para despejar los sentidos más anublados, entusiasmaba á Gabinito, que á cada mal paso rompía á cantar sus *couplets* obscenos, y hacía llorar á don Valentín con el recuerdo de la Teles, que para evocarle más podía el vino que la gratitud. Y Rómulo se enfadaba de la rebeldía de ambos, les regañaba, tiraba de ellos por los brazos; ¡buenos estaban! ¡cómo entrar así en el hotel!... Pero si, por lo común, el cuerdo desoye los consejos, ni admite otros que los propios, en su necia suficiencia, ¿qué habían de escucharlos los tambaleantes amigos que en tal momento no sabían por dónde andaban? más gritaba Gabinito y más lloraba D. Valentín, y más rabiaba Rómulo con el uno y con el otro.

—Gabino, ¡cállate, no alborotes! ¡mira que en el hotel no se habrán acostado todavía!... ¡Cállese usted, Casuso, ó le echo al agua! tiene usted el vino triste: ¡qué manera de llorar!

—*Cochon, le petit cochon...*—cantaba Gabinito á grito pelado.

— ¡Teles! ¡mi pobre Teles! — sollozaba D. Valentín.

Iban los tres por la playa con el trabajo y desorden que son de suponer, nunca derechos, ya con ánimos de embestir al mar, ya con peligro de caer en el camino, y gracias á Rómulo y á la luna que no caían ó se remojaban; aunque esto del remojón acaso fuera mejor remedio para despabilarles que el acreditado sorbo de amoníaco. Á poco D. Valentín se echó sobre una peña, y anunció su romántico propósito de pasar-se la noche en blanco llorando ausencias de su Teles, y ya no hubo modo de que se levantara, ni Rómulo consiguió otra cosa que se descubriese, á ver si el fresco, oreándole la mollera, le devolvía el juicio.

En tan lamentable estado se mostraba el inclito Casuso, que no le reconocerían sus amigos aristocráticos. Los blancos cabellos y la barba, enzarzados entre sí y en revuelta; desanudada la corbata; llena de arrugas la pechera; manchadas las solapas del *smoking*; los pantalones empolvados hacia la

rodilla, de la primera caída ó de la segunda que dió, que en esto del número de las caídas no están acordes los testigos... Hasta en la resolución desenfadada de sentarse encima de lo que ni era ni parecía silla ú objeto destinado á tal fin, sin la delicada precaución de poner antes el pañuelo, exponiendo sus amadísimas ropas á deterioro, probaba que el hombre estaba perdido.

Tampoco están acordes aquéllos en las veces que nombró á Teles, en los suspiros que echó ni en las quejas y lágrimas de que el mar fué también testigo; quizás la luna pudiera contarle; pero sabido es que peca de discreta esta fisgona, y cuanto ve se lo calla. Debieron ser tantas, que Rómulo, medianamente malhumorado, y no le faltaban razones, le amenazó de nuevo con arrojarle al agua; ¡qué pesado se había puesto el maldito! ¿quién era esa Teles del cuerno? ¡Teles! ¡Teles! ¡valiente nombre! ¿era una mujer ó una perra de lanas?

— *Cochon, le petit cochon* — seguía cantando Gabinito, echado también sobre la peña,

apoyo más cómodo y benévolo que el del amigo.

—¡Ah!—exclamó D. Valentín con un borbotón de lágrimas,—¿no sabe usted quién es Teles? Es una perla que yo tengo escondida en mi casa... ¿Usted no conoce tampoco mi casa? Pues, por eso, porque no me la roben, no la enseñe, y vivo como en una madriguera perdida en el último rincón... Una perla que me quiere, que me adora, que me sirve, que me sufre, y yo la pago con malos tratos, con repugnante ingratitud: apenas la doy para comer. Porque aquí donde usted me ve, tan pulcro y educado y amable y bondadoso, yo no soy más que un sinvergüenza, holgazán y egoistón, ansioso de todo lo bueno y de todo lo grande; un vidior que, por alcanzarlo, se despoja de la dignidad; unapestado más de esa enfermedad que, según su papá de usted—digo, el papá de este otro,—es la desolación de nuestra capital; unapestado, sí, yapestado incurable. ¡Ah! ¡no conoce usted á Teles! ¡Teles! ¡mi hermosa Teles! es decir, como her-

mosa, ya no lo es: ¡tiene cincuenta años! Lo fué, lo fué, ¡y qué hermosa! Su cara era redondita como la de esa Luna, y mostraba, así en el lado de la barba, una sombra de lunares, de pelitos afelpados, que ponía agua en la boca; los ojos... más grandes todavía que los de Adelaida Paso, como dos agujeros de abismo, dos cráteres de volcán, dos... ¡qué se yo! algo turbador y de atracción tan poderosa, que no resistí á la mala idea, y cometí la malísima acción de sacarla de la Escuela Normal y tomarla de maestra á domicilio. Como he sido siempre muy galán, no me costó mucho trabajo... Después, Teles empezó á marchitarse, envejeció, se puso bastante fea... ¿qué hace usted con una flor que se marchita? no la dejará en el vaso de la sala, como al cortarla, para adorno y recreo: la tirará á la basura... Yo dije á Teles:—Hija, ya no estás para tafetanes; no te echo de casa, pero comprenderás... En fin, no la tiré al basurero, como flor marchita: la consentí que se quedara á mi lado, y esto revela, me pare-

ce, mi buen corazón. De lo que me arrepiento es de que no la hago partícipe de mi regalo, cuando lo tengo; de la abundancia, cuando me toca; soy con ella tacaño, soy con ella egoísta, soy con ella cruel. Todo lo quiero para mí, el comer, el vestir y el gozar, y ella que roa los huesos de la miseria en el rincón de mi madriguera. ¿No soy un canalla? dígalo usted claro, doctor Pares; ¿y qué dirá usted si le confieso que desde que he llegado á Marplatina no contesté una sola de sus cartas? ¡qué estilo de cartas y qué forma de letra, doctor Pares! Pues no contesté á ninguna, ni me conmovieron sus lamentos de hambrienta, yo que estoy con la tripa rellena, yo á quien la suerte sonríe, yo á quien la generosidad de los amigos aplasta... ¡Escúpame usted! ¡soy un canalla!... ¡Teles! ¡mi pobre Teles!... ¡Oh mar! ¿por qué no me tragas? Traga á este abominable sujeto, mal hombre y mal cristiano, aunque después me devuelvas, como escoria que soy y podredumbre. ¡Trágame, que no merezco volver á ver sobre la tierra

á ese ángel, á ese arcángel!... ¿conoce usted, Pares, un grado mayor en la categoría celeste? ¡á esa seráfica y extraordinaria encarnación de la bondad, de la lealtad y de la mansedumbre, que se llama Teles!

Se sonó las narices, enjugóse las lágrimas y tornó á suspirar otras tantas é innumerables veces; y de nuevo Rómulo, cansado de la llorona retahila, le dijo que haría con él cualquier atrocidad si no callaba; pero D. Valentín no se conmovió por la amenaza, y al compás del sucio estribillo de Gabinito, con quejidos que partían á la misma peña, prosiguió así el panegírico de la ausente:

—De su habilidad para la costura, no hay ponderación que dé una idea aproximada: en el zurcir, especialmente, no se nota, digo á usted que no se nota. El desgarrón de una nube sería capaz de zurcir de tal modo, que los mismos habitantes del cielo habían de maravillarse. Pues ¿y en lo de hacer ojales? algo asombroso: ni una máquina de estas que hoy pregonan ejecuta la cadeneta con

más primor... Y en todo lo demás que se relaciona con una casa bien ordenada. Sólo que si en la mía no hay orden, es por culpa mía, exclusivamente mía. No merezco la perla que tengo; lo que merezco es eso: ¡que el mar me trague y no quede sobre la tierra ni el recuerdo siquiera de Valentín Casuso!

Un trompetazo más fuerte puso fin al nuevo torrente lacrimoso. Rómulo paseaba, convencido de que valía más dejarle que se desahogara á placer, con escasas ganas de reír á causa de la interior cancamurria que en vano también pretendía sofocar; Gabinito, de espaldas, cara á las estrellas, cantaba:

—*¡Cochon, le petit cochon!*

— ¡Ay! ¡Casuso de mis entrañas! — dijo Rómulo, — ¡cómo la ha pillado usted! ¡un hombre tan serio! ¡si no dejó de mano la copa del borgoña!

— ¿Dice usted que el borgoña? — exclamó D. Valentín con súbito despertar; — y también el jerez y el *chateau* que sé yo cuán-

tos..., y ese dulzón malvasia, que parece preparado en la botica de D. Gustavo. Aquel maldito de las blancas patillas, detrás de mí, échale que no se derrame, y yo derramándolo todo sin prudencia en el estómago... Sí, estoy algo trastornado, ¿he dicho alguna tontería?... ¿Qué esaquello, aquello?

Aquello era la lechosa claridad del patio del *Manchester*, iluminado por la luz eléctrica; era el pueblo todo, sumergido en un lago de plata.

— Estamos cerca — añadió Rómulo, — ¿seguimos nuestro camino?

— ¡Diez pesos á la sota de copas! — gritó en esto Gabinito, despeñándose de golpe.

— Venga — contestó D. Valentín más con el ademán que de palabra.

Palpó los bolsillos del gabán, exhumó las barajas y las presentó triunfalmente. Al reclamo del vicio agrupáronse los tres, D. Valentín y Gabinito despejados, ó poco menos, y allí mismo, sobre la peña que les serviría de mesa, acordaron jugar la partida. ¿Había luz bastante? Rómulo aseguró que sí; la

pícara luna, que tantas cosas encubre, alumbraba lo suficiente; ¡partida más discreta! las olas murmuradoras tampoco iban á contárselo á nadie.

—Diez pesos á la sota de copas—repitió Gabinito,—á mí me gusta la Sota...

—¡Y las copas!—agregó Rómulo;—diez al cuatro de bastos.

—¡Diez al caballo de oros!—dijo D. Valentín, que no se acordaba ya de Teles ni del santo de su nombre.

Nervioso, volvió las cartas una por una, y á cada carta las tres cabezas bajaban y se alzaban, en ansioso movimiento de inspección, sin hablarse, poseídos ya del demonio que les dominaba. Salían las cartas, pasaban las cartas, y las respiraciones se acortaban, anhelantes.

—¡Caballo de oros!—anunció D. Valentín.

—¡Cien pesos á la sota de copas!—dijo con rabia Gabinito.

—¡Cincuenta al tres de espadas!—dijo Rómulo.

—¡Diez al caballo de bastos!—dijo don Valentín.

Entregó las cartas á Rómulo y las cabezas bajaron y se alzaron más ansiosas, más impacientes. Un minuto, dos minutos, tres minutos...

—¡Caballo de bastos!—proclamó Rómulo.

—¡Al diablo los caballos!—chilló Gabinito;—trae las cartas. Doscientos pesos á la sota de copas, insisto, ¡maldita sea la Sota!

—¡Veinte al as de oros!—dijo Rómulo.

—¡Diez al caballo de espadas!—dijo don Valentín.

Más ansiosas todavía, más impacientes, las cabezas bajaban y subían. Tres minutos, cinco minutos...

El caballo de espadas apareció en las manos de Gabinito, que, furioso, lo arrojó de cabeza al mar. Y tras de él tiró el mazo de cartas, que el aire dispersó como extrañas mariposas nocturnas. ¡Suerte perra! *¡cochon, le petit cochon!*

D. Valentín, silencioso, se esforzaba en coordinar el número de apuestas y la suma de pesos ganados. Miraba al agua, buscando los guarismos que la memoria dejaba de enhebrar... Y de repente, se cogió la cabeza entre ambas manos y lloró á todo trapo.

—¡Si digo que soy un canalla! ¿qué creerán ustedes que me he encontrado ahora en este perverso hormiguero de pensamientos? no el generoso y el nobilísimo que debió nacer después de la ganancia, sino el más ruin del mundo; ¡no, no hay remisión para mí! en vez de pensar en mandar á Teles lo que acaba de regalarme la fortuna, para que coma la infeliz, para que se vista y apañe en sus necesidades, pienso en que es lástima que se lo mande, en que puede hacerme falta, porque si hoy gano, mañana pierdo, y todos los días no son de fiesta. ¡Ah! ¡Casuso infame! ¡ah! ¡Casuso indigno!

—¿Le pego?—vociferó Gabinito;—¿á que le doy un guantazo? ¡acaba de pelarnos los bolsillos y todavía llora! ¡al agua, Casuso, y buen viaje!

¡Zás! y allá fué la pajiza cubierta de don Valentín, la nueva, con su gasa flamante y todo. No tenía él la cabeza tan perdida que no tomara cuenta del desafuero. Lanzó un quejido doloroso, y si Rómulo no anda listo y le coge del gabán, se hunde en el negro abismo para salvar al náufrago, y ofrece su preciosa vida en cambio de la de su chapeo adorado; asimismo, pesado como era, la fina tela del gabán no pudo resistir el violentísimo tirón, y al desgarrarse de alto á bajo cayó D. Valentín, mitad en seco, mitad dentro del amargo líquido... ¡Ay! agravio hecho á su guardarropa era peor que si á su persona se hiciera; ¡qué decir cuando vió rota la elegante prenda, perdido el sombrero, y en parte roto también, y mojado, su traje de etiqueta! allí fué el más recio llorar, el invocar á Teles, diosa doméstica, cuya sola intervención era capaz de remediar el estropicio, el renegar de los vinos de Schlingen y el echar furibundas miradas é insultos á Gabinito.

—¡Siempre he dicho que era usted un

grosero!—mascullaba, limpiando y enjugándose las ropas;—¡pero, ahora me ratifico, sí, señor, óigalo bien, me ratifico!

—Estúpido viejo, viejo ridículo—aullaba Gabino.

—¡Ea, ea—intervino seriamente Rómulo,—á la cama todo el mundo, y sin chistar!

Cogió á cada uno del brazo y reanudó la comprometida caminata, más difícil ahora porque había que poner paz á cada momento entre los dos adláteres, que cruzaban los puños y los insultos bajo sus barbas. Como avechuchos que atrae la claridad y fascinados van hacia ella, iban los tres en dirección más ó menos fija del luminoso foco del pueblo, y á medida que se aproximaban y aumentaba la luz, la desastrada facha que traían aparecía más visible; pasada la media noche, no era fácil que tropezaran al entrar con familia alguna, pero no faltaría quien les viera, y un testigo bastaba para la circulación de la aventura en varias ediciones. En el letargo del balneario, el cuen-

to nuevo, corregido y aumentado, es manjar superior y apetitoso.

Iban, pues, los tres maleantes caballeros como el alcohol quería, y dispuso la estrella que les guiaba que al llegar á la verja del *Manchester* (después de un viaje que á Rómulo se hizo eterno) encontraran por allí al mozo aquel de los bigotes chinescos, al mismo Pepe, que tomaba el fresco fumando, y en sus seguras manos entregó Rómulo al malaventurado D. Valentín, que por alojarse en las dependencias pudo ser llevado á su habitación con el sigilo requerido; no así á Gabinito, que hubo que hacerle atravesar el gran patio y no se mostraba sumiso á la orden de marcha, primero por culpa de sus piernas y luego por lo irritado que se había puesto de resultas de su larga riña con D. Valentín; daba puñetazos al aire, amenazaba con romper la crisma á cualquiera, y todo era pararse y decir á voces:

—Te digo que aquélla es la ventana de la Sotita; tiene luz: no se ha acostado todavía. ¡Maldita sota de copas! ese tramposo

de Casuso... ¿dónde está Casuso?... Ahí arriba está la Sotita... ¿Dónde está Casuso? ¡que venga, y le abro la cabeza!

Felizmente todos dormían, ó al menos nadie se enteró del escándalo, y eso que tenían que subir por la escalera principal y pasar delante de las habitaciones de Soto para recoger á Gabinito en la suya. Ó dormían ó estaban sordos. Lo cierto es que pudo ser recluso el energúmeno, al cabo, y Rómulo deslizarse por el pasillo discretamente...

Todos dormían ó estaban sordos. La que ni dormía ni sorda estaba era la misma Sotita, invocada por el ebrio con tan destempladas voces, y tras de su ventana, sobre el gran patio primero, y después pegada á su puerta, fué indignado testigo de la entrada poco solemne de los convidados de *La Walkyria*. Cada noche, á las tantas, sentía el rumor en el pasillo de los que subían del antro del juego, y el discreto batir de puertas cercanas le anunciaba la hora en que *él* llegaba á recogerse, las dos, las tres de la ma-

drugada, pero nunca le sorprendió en tal estado como esta vez, que repugnaba á la decencia. Precisamente pensaba en *él*, como á todas horas: por parecerle hermosa velaba, tendido el cabello, la batería del tocador preparada, un cepillito en la diestra, los ojos en el espejo... ¡Ay!

Se sentó en la silla, de donde la arrancara la voz amada, y mojó el cepillo en el negruzco menjurje que en un platito de porcelana la ofrecía su reservado concurso para dorar los cabellos que los años empeñabanse en platear. Luego tenía que lavarse la cara con una leche de rosas, de fabricación complicadísima, y ponerse una mascarilla de delicado tafetán, adherente y rígido, destinado á mantener la piel fresca y sin arrugas, suplicio de coquetería á que se sometía resignada, mártir de las conveniencias sociales, como otras muchas heroínas anónimas, que viven y mueren sacrificadas, sin esperanza siquiera de premio futuro. ¡Todo por *él!* para decirle, con la muda elocuencia de mujer, que tiene lengua y no